

[www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar)

<http://www.pagina12.com.ar:80/diario/contratapa/13-99360-2008-02-22.html>

Viernes, 22 de febrero de 2008

## Emilio Rodríguez



Imagen: Ana D'Angelo

**Por Eduardo Pavlovsky \***

Querido Emilio, te fuiste imperceptiblemente. Así eras vos, devenir minoritario imperceptible. Sin hacer ruido a tus 84 años. En tu Bahía de los sueños y de tus libros –con Hernán y con Fernando ya estábamos por jubilarnos del oficio de prologuistas de tus libros–. Eras infiel por naturaleza con las mujeres, pero fiel a los hombres y amigos. Cuando vivimos juntos en La Casona (1971-72) escribí El Sr. Galíndez y vos Heroína. La filmación de esa película fue para mí una experiencia inolvidable. Increíble. Año imborrable de nuestro proyecto estético-ideológicos. Siempre me impresionó que el hippismo que invadía nuestro departamento de Cabildo nunca fuera una molestia para vos. Todos te tenían un gran respeto y admiración. Mirta tenía una especial predilección por vos.

Fuiste un poco el Maradona del psicoanálisis. Tus mayores críticos fueron en el fondo tus grandes admiradores. Admiradores de tu talento increíble y de tu libertad existencial. Personalmente siempre fuiste un estímulo intelectual importantísimo. Me dijiste que de Armando, Hernán, Fernando y yo, vos eras el menos burgués de los cinco. Provenías de la rancia oligarquía terrateniente y después te casaste con una negra brasileña.

Mirta me decía el placer que era salir con vos a comer y volver fumados tambaleando por Amenábar a La Casona. Cuando escribo esto siento el raro aroma de esa época, mezcla de libertad y de política. ¿Acaso nos equivocamos? Jamás lo diría. Tus transgresiones fueron como el gol con la mano de Maradona. Inatacables.

Escribís admirablemente bien tus novelas y tus libros de psicoanálisis. Siempre decías que eras psicoanalista escribiendo novelas, haciendo el amor o escribiendo esos dos magníficos tomos sobre la vida de Freud con que asombraste al mundo psi.

Y si faltara algo para sentirte cerca, juntos nos fuimos de la APA con Plataforma y tanta gente querida.

Hinchas fanáticos de Independiente los dos. ¡Cómo hablabas de Bocha!

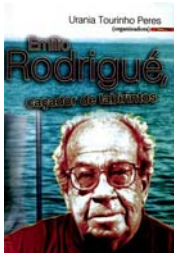
Después de La Casona fuimos a vivir juntos a Oro y Libertador, más aburguesados. Un día en calzoncillos me encontré con una paciente mía que era tu nueva novia. ¿Qué hace doctor por aquí?, me preguntó. El domingo a la noche cocinabas para que juntos con amigos y amigas viéramos el partido de la noche por TV. Pero todos teníamos prohibido haber visto el partido que se jugaba por la tarde, y si sabíamos el resultado teníamos que callarlo. Así eras vos.

Vivimos juntos con David Cooper en La Casona, vos intentabas analizarlo pero siempre terminábamos internándolo.

Tu amor epistemofílico hizo que realizaras como cien laboratorios como integrante por todo el mundo. Siempre querías saber algo más de todo. Preguntabas mucho, siempre preguntabas mucho. Inventaste con todos tus conocimientos el método del shampoo que era una experiencia terapéutica donde vos concurrías a la casa del paciente para realizarla durante 4 o 5 horas.

Lo último que me dijiste fue que estabas escribiendo sobre La Casona y Plataforma. Sos imposible de encasillar, porque siempre traspasabas los límites del sujeto. Siempre eras puro devenir. Puro devenir incapturable. Con tu vejez devenías cada vez más joven, más intrépido. Yo te quiero mucho Emilio. Te debo mucho, porque estar a tu lado siempre era vivir la experiencia de lo insólito, de lo intempestivo, de lo inesperado. De la experiencia vital. Gracias hermano mayor por todo lo recibido. Los Emilio Rodríguez nacen cada 200 años como Maradona. Igual.

*\* Psicoanalista, autor y director teatral. (Emilio Rodríguez, uno de los fundadores del pensamiento psicoanalítico en la Argentina, murió ayer en San Salvador de Bahía, Brasil.)*



Jueves, 28 de Febrero de 2008 / Psicología

<http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-99762-2008-02-28.html>

UNA "FABULA POSMODERNA DE LAFONTAINE", POR EMILIO RODRIGUE

## El Solitario del Spaghetti

"Te mando una historia que probablemente cierre Mi prontuario", le escribió Emilio Rodríguez a su amigo el psicoanalista Sergio Rodríguez, el 31 de enero de este año. Mi prontuario era el título del libro de memorias que venía preparando, y hoy Página/12 publica esa historia. Rodríguez –autor de Heroína, psicoanalista "de las cien mil horas"– murió el jueves pasado en Salvador de Bahía.



Emilio Rodríguez, psicoanalista y escritor, murió el jueves pasado (21-2-2008).

Imagen: Ana D'Angelo

### Por Emilio Rodríguez

Esta es una historia que ha de tener un sentido a ser descifrado, pero que tiene cara de fábula lafontáinica posmoderna. La escena, verídica, acontece el 31 de diciembre de 2007 a las 6 de la tarde cuando decido bajar a la piscina del hotel Ondina Apart, en Salvador de Bahía. Iba con mi spaghetti flotador para hacer un poco de hidrogimnasia. Una media hora, calculé. ¿Cómo estaba? Este es uno de los puntos a descifrar, porque no sé bien cómo estaba. La mejor aproximación sería decir que andaba entre fascinado y espantado. Me atraía la idea de pasar la noche de año nuevo solo como una ostra, pero esa soledad me metía miedo, casi supersticioso. En los tiempos solitarios el tiempo se alarga increíblemente, el minuterero del reloj se trava.

Bien, bajo a la piscina con una toalla, el spaghetti flotador y las llaves de mi apartamento. Tiro el spa-ghetti en la piscina, me doy vuelta para colocar las sandalias junto a la silla y, cuando levanto la mirada, constato que el spaghetti desapareció, como por arte de magia. Miro y miro y nada, y comencé a rascarme la cabeza. No estaba preparado para un pase de magia. ¿Será que 2007 quiere despedirse con una pirueta abracadábrica? Pero de pronto advierto que un muchachón gordo y grandote me sonríe con una amplia sonrisa. Estaba sentado a caballo sobre mi spaghetti.

¿Qué hacer?

Me zambullo, doy un par de brazadas y me acerco. Visto desde el nivel de la piscina, el tipo parecía más grande y gordo. Su envergadura escondía mi spaghetti.

–Dámelo –dije, entre serio y sonriente.

El sonrió y no me dijo nada. Se acercó y amplió su sonrisa. Tenía más de 20 años.

–Dámelo –repetí.

El no dijo nada y nuevamente se acercó, casi cheek to check, con una sonrisa cada vez más extraña, posiblemente boba.

Mi saber psiquiátrico me alertó de que el tipo podría estar más loco que una piedra.

–¡Dámelo!

Nada.

¿Qué hacer?

Mi desconcierto era total. Tomé distancia, me alejé hacia el centro de la piscina. Había algo familiar en esa escena y de pronto recordé. Yo con siete u ocho años, en la plaza San Martín. Estaba jugando con unas figuritas y de pronto dos chicos llegan y se llevan mis figuritas.

Sensación de despojo, de así-no-vale.

Me acerco, dámelo, nada.

Era un crepúsculo tropical. El agua de la piscina estaba casi caliente. Una luna llena iluminaba la arena.

¿Qué carajo hago? ¿A quién recurrir?

Al lado hay un bar en forma de cabaña. Salgo de la piscina, voy al bar y le digo al barman que quiero hablar con un agente de seguridad del hotel. Me pasa el teléfono: "Disque 9". Antes de discar me detengo porque la situación esta vez me recuerda otra historia, tal vez verídica.

Ocurrió en la frontera de Francia con Suiza. Un hombre conducía un Volkswagen rojo. Las barreras del tren estaban cerradas. Había habido un accidente de tren. Pasaron más de diez minutos, las barreras seguían cerradas y el tren sigue estacionado. De pronto el motorista ve a un elefantito. El elefantito viene caminando por las vías del tren y se sienta en el capot de su Volkswagen rojo; abolla la carrocería y quiebra un faro. El accidente había sido en un vagón de circo, de allí había salido el elefantito, que finalmente fue retirado por el personal del circo, y las barreras se levantaron. Cae la noche, el hombre reanuda su camino. Pocos kilómetros adentro de Suiza, un policía lo hace detenerse, porque tiene un solo faro encendido. Ante el policía, el hombre se dispone a contar lo ocurrido, pero su buen tino lo lleva a callarse. ¿Cómo va a explicar que un elefantito se sentó en el capot de su coche? Hay cosas que son indecibles.

Me resulta increíble decirle al agente de seguridad que venga porque un hombrón no quiere devolverme mi spaghetti.

Me zambullo una vez más en la piscina. El loco de piedra sigue a caballo en mi spaghetti. Hay una media docena de chicos que han seguido de cerca todas las peripecias. Una nena de unos 10 años viene y me dice: "El no es muy normal". Pero duda, no quiere entrar en el enredo. Mi lado astuto percibe el dilema que podría dirimirse así: ¿quién está más rayado, el muchacho que robó el spaghetti o el abuelo que lo usa?

Quedamos en silencio. Para quebrarlo le pregunto a la nena: "¿Qué hago?"

La madre está ahí, me dice ella, mostrándome la sala de juegos junto a la piscina. Voy a la sala. Cuando entro, una señora cuarentona está jugando al snooker. Al verme corre a mi encuentro y me abraza:

—¡Querido doctor Rodríguez, cuántos años!

La miro absorto.

—¿No se acuerda de mí?

No, no me acuerdo de ella.

—Su hijo... —empiezo a decir.

—¿No se acuerda de él?

—No.

—¿Cómo? Si usted lo analizó. Era un caso de autismo. Usted publicó el caso de mi hijo Raulito. Su memoria está fallando, doctor. ¿Cómo es posible que no se acuerde de él?

Autismo versus Alzheimer.

Fin de la historia. Fábula sin moralejas, pero con resonancias. Una de ellas es: las vueltas de la vida. Otra, soledad e ironía. Otra, la mamá de Raulito resultó ser sexy. Así hablaba El Solitario del Spaghetti, casi perdido.

Legado de sabiduría de Emilio Rodrigue

## “Decidí celebrarme todo el día”

**En el recuerdo de Tato Pavlovsky, preciso y emocionado, Emilio Rodrigué se ofrece como el caso de un hombre capaz de dedicar un día entero a la celebración de ese otro que, en tercera persona, es él mismo. Rodrigué, psicoanalista y escritor, falleció el jueves 21 de febrero de este año.**

Hernán Kesselman, Tato Pavlovsky y Emilio Rodrigué, en 1980.

**Por Eduardo Pavlovsky**

En 1972, vivíamos juntos con el psicoanalista Emilio Rodrigué, en Libertador y Oro. El se iba a su consultorio de Ayacucho muy temprano a la mañana en una bicicleta vieja que se había comprado, y volvía a la noche. Yo trabajaba en Esmeralda y Libertador, y la mitad de la semana iba al teatro Payró a actuar en mi obra El señor Galíndez y volvía tarde. La mayoría de las noches cuando llegaba lo veía a Emilio con alguna señorita en el sillón de nuestro living. Yo pasaba rápidamente, temiendo importunar alguna intimidad. Pero él me saludaba cordialmente, presentándome a la señorita de la noche. Lo que me asombraba de la situación –Emilio siempre tuvo la facultad de asombrar– era que las jóvenes variaban según los días, pero Emilio mantenía siempre una misma posición física. Piernas cruzadas y su brazo izquierdo tocando suavemente el hombro derecho de la joven. Las jóvenes siempre estaban ubicadas a su derecha. La posición era extraña pero invariable. Lo que variaba eran las jóvenes. Debo aclarar que la posición de Emilio estaba distante de cualquier encuadre erótico. Por sus características yo presumía que era un juego pre-erótico de estilo emiliano. Intraducible. Tenía algo de resabios de vieja alcurmia franelera.



Una noche, después de mi función de teatro, al entrar noté con sorpresa que el sillón estaba vacío, y escuché desde el baño la voz de Emilio que me gritaba: “Vení Tato, estoy solo”. Emilio estaba totalmente sumergido en la bañadera, colmada de espuma y desde donde sólo emergía su cabeza. La espuma en la bañadera al estilo de Lana Turner o Marilyn Monroe. En un borde de la bañadera había varios Gráficos, la mejor revista deportiva de la época, y él tomaba simultáneamente un gin tonic con una larga pajita que desembocaba en el vaso y que el otro extremo culminaba en su boca. Como los dos somos de Independiente, me empecé a mostrar viejas fotos de aquella inolvidable delantera del '40 –Maril, De la Mata, Erico, Sastre y Zorrilla– pero, como había comprado 40 Gráficos viejos, también teníamos fotos de Michelli, Ceconato,

Lacacia, Grillo y Cruz. ¡Era una fiesta roja! De repente Emilio me miró fijamente y me dijo: “Me jubilé por hoy y decidí celebrar a Emilio Rodríguez todo el día”. Por la seriedad con que me lo dijo me di cuenta de que había que escucharlo y decidí sentarme en una silla cercana a la bañadera. Algún nuevo contexto de descubrimiento se avecinaba. Habló:

“Hoy me levanté temprano a la mañana y resolví festejar a Emilio Rodríguez. Pensé que se lo merecía después de tantos años de trabajo y con una abultada producción literaria y psicoanalítica. No usé la bicicleta y resolví llevarlo al Plaza Hotel en taxi para desayunar. Me parecía un buen comienzo. Un buen desayuno siempre es bueno para empezar el día con energías. Después de las lecturas de los diarios, que no fue precipitada sino gozosamente saboreada, y hasta leyendo secciones de los diarios que nunca leo en días de trabajo, por ese apuro imperioso de leer el diario en diez minutos entre paciente y paciente. A las 11 de la mañana lo invité a caminar por la calle Florida pero muy lentamente, como gozando la calle en esa nueva armonía cadenciosa. Respiraba profundamente mientras miraba libremente y sin apuro las bellezas femeninas que pasaban a mi lado. A algunos culos les dedicaba el tiempo que merecían. A las 12 tuve una imperiosa necesidad de leer Gráficos viejos y lo llevé a la calle Azopardo, donde los vendían. El primero que abrí tenía la foto de Capote De la Mata en el famoso gol a River en el Monumental, de 1937. Era una foto de museo. Ahí fue cuando decidí llevarme todos los Gráficos que podía. La sensualidad de esas hojas amarillentas me enloquecía. El vendedor, un hombre maduro, me señaló al pasar: ‘Parece que el señor es de Independiente’; salió rápidamente hacia otra oficina y volvió con una foto de Erico del día que le ganamos 7 a 1 a Boca en Avellaneda. ‘Tome, es suya, se la merece, llévela’. Me hizo un enorme paquete y salí de la calle Azopardo emocionado. Tomamos un taxi y volvimos a casa para dejar los Gráficos bien guardados. Te confieso Tato que tuve miedo de que si llegabas por la tarde me los pudieses robar, una foto de Erico para un hincha fanático como vos es una pieza de museo muy deseable. Guardé todo el paquete y cerré con llave la puerta del cuarto.

”Almorzamos en un restaurante japonés en la calle Mendoza cerca de Libertador. Buen vino, buen postre y un buen coñac. Nunca gocé tanto en no tener que trabajar por la tarde. Fuimos a casa y dormimos una saludable siesta. A las 5 lo invité a correr y accedió. Hablaba muy poco. Casi nada. Tenía algo de autista funcional que me atraía. No invadía. Sólo acompañaba autísticamente. No hinchando las pelotas con preguntas boludas. Eso es lo mejor de los autistas.

”Al volver a casa a eso de las 7, vimos algún noticiario por televisión y al rato le ofrecí cocinar para los dos un buen lomo que tenía en la heladera con papas fritas y acompañado por un Bianchi Borgoña. Después de la cena estaba contento de haber festejado a Emilio Rodríguez. No es un hombre que expresara mucho, pero sus ojos delataban la alegría de haber pasado un buen día. Creo que llegó a decir gracias. Mucho para su reserva habitual. Para su autismo funcional e instrumental. Gracias a su autismo instrumental, James Dean se cogió a todas las minas de Hollywood.

”Cuando me quedé solo, llené la bañadera con agua caliente y le puse espuma de baño que una mina me había regalado. Traje todos los Gráficos y los apilé cerca de la bañadera. Traje también una botella de gin y cuatro tónicas y una pajita japonesa de 40 centímetros para ocasiones como ésta y me metí en la bañadera.

”La lectura de los Gráficos viejos tomando gin tonic sin reserva me producía un éxtasis excepcional. No era éxtasis de yerba. Era éxtasis de gin, Gráficos y espuma. Todo junto. Suspiré profundo y dije: ‘Qué bueno haberme celebrado así’. En ese momento llegaste vos y tuve la imperiosa necesidad de relatarte la experiencia. Te veo llegar con cara de soldado del frente de Stalingrado que ha cumplido bien su faena militar. Yo no niego que hacer teatro pueda ser para vos una manera de celebración, pero es todavía demasiado exigente. Hay que hacerlo bien. Hay que trabajar. Vos te celebrás poco, Tato. Las que saben celebrarse son tus minas, por lo menos las que conozco. A ver si la entendés: Tato tiene que celebrar más a Tato, tiene que festejarlo más, tiene que exigirle menos, tiene que enseñarle a perder el tiempo. Vos no sabés perder el tiempo. Sos un ruso de batalla. Siempre en la línea de combate. Celebrate, amigo mío. Yo necesito que vos te festejes más, te mimes más, como lo hice hoy conmigo.

Date un día para vos; sin minas, que exigen tanto. Un tiempo de puro festejo tatista, de celebración pura”.

Mientras escribo esto estoy llorando.

Rodrigué continuó:

“Sin exigencias. Dejé Stalingrado por un día, pedí licencia”. Yo estaba emocionado. Nunca Emilio me había hablado así, con tanto cariño explícito. Empezó a buscar entre los Gráficos y sacó la foto de Erico. “Tomá, te la regalo, que la foto sirva para tu primera celebración. Celebrate hermano, que te lo merecés” y, de repente, como si yo no estuviera, tomo un Gráfico y siguió leyendo, ensimismado. Yo me levanté lentamente de la silla, me fui a mi cuarto con la foto de Erico en la mano y me senté en la cama. Pensé: ¿podré realmente celebrarme como este hijo de puta? Me resultaba difícil tanto placer junto. Pero la experiencia fue importantísima en mi vida. Lo mire a Erico en la foto y me puse a llorar. Erico ya había muerto, como hoy está muerto Emilio Rodrigué. Pero sus recuerdos siguen vivos en todos los que lo quisimos tanto.

Celebrarse, ¡qué palabra inventada! ¡Qué palabra tan emiliana!

